

La gaznápira y sus personajes. Una visión a través de los refranes

MARÍA DEL CARMEN UGARTE GARCÍA

En 1984 ve la luz *La gaznápira*, novela un tanto singular en la que además de un interés narrativo, descriptivo y sociológico, nos encontramos unos valores lingüísticos que constituyen un testimonio imprescindible para mantener vivo, o por lo menos en el recuerdo, un léxico y una forma de hablar que prácticamente ha desaparecido, al haber desaparecido su referente principal: la vida en un pueblo de la meseta castellana.

Poca gente queda hoy en los pueblos, podríamos decir que ya no quedan pueblos, pero los que hemos tenido la suerte —a fin de cuentas ya dijo Delibes que «ser de pueblo era un don de Dios»— de haber vivido aquellos años 50 y aun 60 de la España rural seguiremos recordándolo siempre: Aquellas calles embarradas en invierno y polvorientas en verano, las casas sin agua corriente, la cuadra con los animales en la planta de abajo, a donde ibas a hacer tus necesidades, los viajes a la fuente con el cántaro o la cantarilla, el río en el que se lavaba, y el hielo y los carámbanos en invierno, y el verano con la trilla y la pesca de cangrejos (ya desaparecidos) con retel en el río, y con los que nuestras madres aderezaban el arroz de los domingos... Aquellos juegos que solo precisaban de la imaginación, algo de habilidad y algún material de desecho: la tala, los alfileres y las envueltas de los caramelos guardados cual tesoro en una lata de azafrán están presentes en *La gaznápira*, eso y las canciones de corro y de ronda y picantonas de los mayores... ¡Cómo olvidar todo ello!

Porque tanto los que, como la Gaznápira, cogimos un día el coche de línea, como los que se quedaron sabemos que aquella forma de vida es agua pasada. A Dios gracias, el arado romano, el brasero y la banquilla de lavar, solo son realidades en los museos etnográficos, y hoy los tractores con aire acondicionado, el arcón congelador y la línea ADSL están presentes en nuestros pueblos, y es que *La gaznápira*, como bien supo ver el catedrático de economía Juan Velarde Fuertes (ver bibliografía) es la novela del desarrollo rural español, desarrollo que llevó aparejado también su desaparición, para bien y para mal, pero que queda reflejado perfectamente en las páginas de la novela: esa imagen del chalet horterera, residencia de verano del Caguetas, según se entra al pueblo es algo que veremos y veremos muchas veces repetido, pero no deja de ser un símbolo de lo que ha cambiado la vida en estos años.

¿De qué trata, entonces, esta novela?, ¿qué se nos cuenta en ella?

Escrita desde la segunda persona, que nos lleva a una perspectiva objetiva y a la vez subjetiva, escrita desde la cercanía y haciéndonos también partícipes de ella, la novela narra a través de siete sucesos (*relatorias*), siete hitos en la vida de un pueblo y de uno de sus hijos: Sara Aguado, *la Gaznápira* (como la llama uno de sus convencinos), huérfana de madre, a la que le gusta escribir y fantasear, que un día, con apenas quince años, abandona el pueblo para entrar a servir en la lechería que una tía suya tiene en Madrid. Allí, por el ventanuco de su cuarto, la Gaznápira ve reflejada en la pared de enfrente las películas de un cine de verano, allí decide ponerse a estudiar aprovechando los libros de su primo, allí decide ser escritora y periodista y lo consigue. Las peripecias de Sara tienen mucho de novela, a fin de cuentas estamos ante una novela, sabemos que a otras Saras les hubiera gustado también ser periodistas, médicas o ingenieras, que con esa ilusión emprendieron la aventura de la capital, pero no todas lo lograron y menos de forma tan espectacular, tan «americana», a como lo consigue Sara; algunas, incluso, tuvieron que volver al pueblo, pero las novelas son las novelas y no le demos más vueltas.

Sara se lo gana a pulso, aunque también se ve acompañada de esos golpes de suerte que solo ocurren en las obras de ficción, poco a poco va subiendo peldaños en la sociedad, poco a poco va haciéndose a sí misma hasta llegar a lo más alto, y así en el último capítulo nos encontramos con una casi cuarentona independiente, al cargo de una corresponsalía en Nueva York, que vuelve al pueblo a echar la vista atrás con su poquito de nostalgia, pero también satisfecha de que las niñas ya

no tengan que «estallar para reberlarse: desde que nacen hacen lo que quieren; es otra niñez, que te acerca a la tuya en una travesía que se te antoja de siglos, como si eso no te hubiera ocurrido a ti, sino, por ejemplo, a una sirvienta de don Manrique de Lara, allá en el XII» (pág. 243).

En otro pasaje de la novela, serán las palabras, el modo de hablar, las que transporten a la madura Sara Aguado a aquella otra forma de vivir (pág. 251):

En la ciudad, tu lenguaje se levanta sobre el mismo cascarón que tus otros lenguajes en Francia o en Estados Unidos: aunque no lo sean, los encuentras insulsos, aprendidos, fríos, como si no te chisporroteara su alma, ni te perteneciera su pasado, ni sus intenciones secretas. Cuando escuchas al tío Jotero que le joteaban «bien joteado vestido con ropa de comer fideos», o que ahora anda «asobinao» o que el Cristóbal es un ceborrero, vaina, sabandija, trapacero, sandio, maula y fachendoso sientes que cada palabra relincha —como decía don Salustio— llena de moratones, costras, heridas frescas, tendones, crines crecidas, aliento espeso, al trote o tascada, con su padre y con su madre reconocibles. Esas palabras te retozan siempre por el recuerdo con otras galopadas, en otras parrafadas, cuando tú y ellas pastábais juntas; escucharlas te amustia o te encandila. El día que al tío Jotero le pongan la última albarda, enterrarán también todas ellas; y aunque las enlates y te las enchufes en el magnetófono o en el vídeo —en cualquier atardecer con remusguillo— ya nunca será lo mismo: volverás a la orfandad sin remisión; porque con las otras palabras —las que se apacientan y balan ahora por las ciudades— te sientes una pastora mecánica, incapaz de encariñarte con ellas.

De la importancia del lenguaje en esta novela da cuenta Manuel Seco en el prólogo, un lenguaje que se integra perfectamente en la narración y que según palabras de Seco (pág. 19) esta integración es casi «insensible para el lector». No sé hasta qué punto Seco tendrá razón y esta forma de hablar sea transparente para un lector de ciudad, para un posible joven lector actual, pero lo cierto es que a mí esta forma de hablar, de expresarse, me resulta totalmente familiar y evocadora, me pasa como a la Gaznápira, que me siento arropada por las palabras y las expresiones. No puedo decir que no me haya dado cuenta de ello, muy al contrario he sabido reconocer en la prosa de Berlanga giros, expresiones, formas de hablar, palabras, que solo había oído en mi pueblo, y que cuando sin querer se me escapan en la ciudad, lo más probable es que a continuación tenga que explicarlas.

Son diversas las voces que se dejan oír en la novela, son distintos los niveles de lenguaje: la del propio narrador, alter ego de la protagonista, que se acomoda a las circunstancias que narra, aunque su implicación sea la que pueda tener un fotógrafo en lo que capta; no obasstane, se le nota, a él y a Sara, su condición de periodistas, cuando las circunstancias no exigen esa implicación directa, el tono culto y urbano de sus expresiones. Se oyen las voces de los principales protagonistas, los habitantes del pueblo y el de la propia Sara Aguado, de niña, de joven, de mujer madura, pero todo ello con sus matices y peculiaridades que veremos más adelante. Está también el registro de los de fuera, diverso y vario como lo es la vida misma fuera del pueblo: no falta el ejecutivo, la progre, el funcionario o los miembros de las clases bajas urbanas.

De todas formas, donde mejor podemos apreciar la peculiar habla rural de esta zona es cuando el autor deja hablar libremente a sus personajes y son muchas las ocasiones a lo largo de la novela. Cuando son los protagonistas los que hablan, la lengua se llena de marcas, localismos, fraseologismos, refranes, tics, y hasta las manos o el propio cuerpo hablan en ese registro. Pero ya hemos dicho que incluso dentro de un mismo grupo social, y principalmente en lo que a los habitantes del pueblo concierne, hay clases y diferencias: los refranes, por ejemplo, solo los dicen ciertos personajes, Sara dice pocos refranes, o los dice a través de otras personas, su padre principalmente, y lo mismo otros personajes de la novela, por más que su registro lingüístico sea popular. Los refranes en *La gaznápira* están reservados a la gente de pueblo, y ni tan siquiera a todos, como veremos hace falta tener cierta edad y cierta condición.

Elías el Herrero

«*De cólico de espinacas no ha muerto ningún Papa*¹, como decía aquél; pero yo no quiero probar ninguna de esas pampinas que me traen, ni acelgas, ni tronchos, ni judías verdes, ni Cristo que lo fundó. Ya que esto se acaba sin remisión, ¡rediós!, lo que me apetece es una buena tajada de lomo. ¡Forrajes a mis años!, *cuando la liebre se ha ido, ¿a qué vienen los palos a la cama?* Y yo me muero, no hay que darle más vueltas. ¡Ya sé, ya sé que tanto se les da que hinque el pico!, porque todos están a lo que están (tú eres una mocosa aún para entenderlo), pero ¡van aviaos si se piensan que llamaré al señor cura!»

Así comienza la novela (pág. 26), con un refrán puesto en boca de uno de sus personajes, refrán que viene acompañado de un criterio de autoridad, de distanciamiento: «como decía aquél», y es que incluso cuando el pueblo habla por sí mismo necesita apoyarse en otros, en otros que se supone saben más que él mismo, aunque esto sea harto difícil. Sin embargo, este criterio de autoridad desaparece casi inmediatamente cuando vemos aparecer el segundo refrán, ya totalmente inmerso en el texto, como una frase más formando parte de él.

De este modo, mediante refranes, razona Elías el Herrero («sesenta y dos años el mes que viene»), en su lecho de muerte, ante una mocosa de nueve años, a la que empezó a llamar «la Gaznápira» años atrás. El Herrero es un hereje, un renegado, un «moro infiel» según palabras de don Dimas, el cura, que no cree en nada, pero todo el pueblo está seguro de que en el último momento pedirá confesión; pero genio y figura hasta la sepultura, en su lecho de muerte, porque ya nada tiene remedio, el Elías insiste en que no quiere comer pampinas, «ni Cristo que lo fundó», porque incluso los más descreídos no pueden olvidarse de sus «creencias» a la hora de hablar con el corazón.

Ahora bien, veamos cómo interpreta la periodista Sara Aguado, treinta y tantos años después, estas palabras del herrero (pág. 253):

Tú quieres contarlo todo sin confundir fechas ni sucesos; contarlo desde ese principio grabado a escoplo en tu memoria hasta más allá del fin de Monchel; empezar a escribir encabezando la primera página del cuaderno en blanco: capítulo I. *Pues, señor; ésta es la historia de un pueblo perdido donde vivía un herrero que no quería morir ni de cólico de espinacas ni de nada.* Sucedió que

Es el final de la novela, el refrán totalmente desautomatizado, deconstruido como una tortilla de Ferrán Adrià, interpretado al pie de la letra hasta extremos no previsibles, el que cierra de una forma totalmente circular la novela, pero ¡qué diferencia! Quizá, Sara Aguado, pese a encontrarse en contacto directo con el terruño, haya olvidado cómo se deben entender los refranes y lo que el Herrero en su lecho de muerte quiso transmitir a la Gaznápira.

Sigamos con el Herrero, acompañémoslo en sus últimos momentos e incluso más allá, y asistamos a otra conversación entre él y Sara (págs. 39 y 40). Dice el Herrero hablando del médico que lo acaba de visitar: «¡Tampoco éste va para Ramón y Cajal! Por las trazas esto se acaba, mochuela», y más adelante:

—No tiene usted por qué echar embustes. Usted no quiere ponerse bueno.

—No soy yo quien no quiere.

—¿Y qué le duele?

—Nada; ya ves.

—¿Y de dónde le viene?

—¿Tú lo sabes?, pues yo tampoco. *Cuando está de parte, está de parte.* No te pienses que yo lo quiero.

[...]

—¡Tío Elías!, ¿usted ha sido maestro alguna vez?

—¿Maestro? No, hija, ¡*la usanza saca maestros!*

Te habla de sus muchos años mirando y aprendiendo, que *siempre hay que tener el ojo bien abierto.*

—*Tú como las liebres: no los cierras ni para dormir. Allí donde fueras, primero aprende lo que*

1 En las citas marcaremos los refranes y otras expresiones a destacar con cursiva.

vieras y luego haz lo que se te antoje.

Enlaza el Elías una máxima tautológica con un refrán, luego con otra máxima bien conocida que toma el mundo animal como ejemplo para aconsejar vigilancia constante (dormir con los ojos abiertos como las liebres) y al final construye su particular versión de un conocido refrán para adaptarlo a su filosofía de la vida: aprende lo que se hace, pero haz lo que quieras.

El Elías es hombre campechano que sabe conectar con la gente de otros pueblos, incluso aunque estos no lleven muy buena fama, como en el caso del tío Confitero, natural de Molina, y así en la pág 45 leemos:

De toda la vida el Elías le ha tenido aprecio al tío Confitero: le calza la borraca de balde y siempre le bromea con que «¡buena gente los de Molina; amigos de mucha olla y poca doctrina!»² Alguien le cuenta al tío Confitero:

—El que está mal, y en peoría, es el Herrero.

El tío Jotero

El tío Jotero es la personificación del pueblo, Monchel hecho carne. Todo lo importante y lo menos importante pasa por él, por sus manos, porque para eso realiza en el pueblo ese montón de pequeñas tareas que nadie quiere, pero que tanto necesita un pueblo: músico improvisado, barbero, enterrador, carpintero, albañil, encargado de la luz ... «¡Con lo que yo habré trabajado con tal de no trabajar en el campo!» dice él mismo hacia el final de la novela.

El tío Jotero, que cuando se inicia la novela (1949) es un hombre de mediada edad, salpica su modo de hablar con refranes, dichos, chascarrillos, frases populares... Su habla es genuinamente el habla de Monchel, ya solo con este personaje, con su forma de hablar, tendríamos toda una galería de léxico que merecería la pena conservar.

El tío Jotero es junto a la Gaznápira el hilo conductor de la novela, el personaje que está en todos los episodios y con el que al final la Gaznápira repasa todo lo que ha sido la vida del pueblo.

En una de sus primeras apariciones encontramos un tío Jotero sentencioso viendo pasar la vida desde el poyo de su barbería dando cuenta del almuerzo (pág. 48):

En el poyo, frente a la barbería, el tío Jotero da cuenta de un cantero de pan y de una bienoliente tajada de güeña sujeta a dedo para guillotinarla mejor con la navaja de cinco muelles, recuerdo del viaje de novios a Daroca. «Hale, a la fresca», le saluda alguien al pasar, y él contesta de oficio, sin ganas: «Aquí, haciendo por la vida, que la muerte ya vendrá ella sola.»

No estamos ante un refrán propiamente dicho, pero sí ante una frase proverbial, que aparecerá en la novela en distintas variantes, que expresa toda una filosofía de la vida y la muerte. Ese *hacer por la vida* con el que designan con frecuencia las gentes de los pueblos el acto de comer, se enlaza con una verdad absoluta: *La muerte vendrá ella sola*, ante la que solo cabe la conformidad. La fórmula «alimentarse y la muerte que espere» se repetirá algunas páginas después, cuando en el velatorio del Herrero se van reproduciendo un rosario de frases apropiadas para la ocasión (pág. 53):

A la vuelta, Moisés les bajará al portal la botella del aguardiente; alguno acabará algo calitrompa.

—Salud para encomendarle a Dios (el sacristán).

—En el cielo lo veamos (don Dimas [el cura]).

—Lo que está de Dios, en la mano viene (el Manquillo).

Y don Salustio [el maestro], agarrando malamente la copita con el pulgar y el meñique, porque el índice lo tiene todavía como un boto, *hará por la vida*:

—Que nos espere muchos años, ¡salud!

² Molina de los Condes en la narración, en la realidad Molina de Aragón. No hemos podido encontrar ningún refrán geográfico como el que se cita, pero podría ser.

El tío Jotero brilla sobre todo en su barbería, allí es dueño y señor de barbas y cogotes de los monchelinos y usa y hasta abusa de los tópicos de su tarea (pág. 59). A fin de cuentas, los refranes vienen a sacar de apuros cuando se producen deslices en la profesión:

Cuánto te hubiera gustado ser mozo para que te afeitara el tío Jotero! O simplemente chico, para salir de la barbería con el cogote rapado hasta la coronilla, aunque hubieras tenido que aguantar esos mojicones que se daban al recién pelado, al tiempo que se le decía:

- ¡Cualquier monigote tiene cuatro dedos de cogote!

Cuando alguna madre se le quejaba de que el corte de su hijo hacía escalera o de que una patilla le quedaba a la altura del ojo y la otra por debajo de la oreja, el tío Jotero les contestaba con que «*el burro trasquilao, a la semana igualao*».³

En el baile, que cómo no también regenta él, entrevemos la relación del tío Jotero con otro personaje que nos ha sido presentado en las primeras páginas de la novela, el Caguetas: hijo del alcalde, algo simple y bastante bruto, pretendiente de Sara por algún tiempo y que mediada la novela se convertirá en el prototipo del *lugareño* que marcha a la ciudad a medrar, aprovechando la bonanza económica del país. Allí, en el baile, pretendiendo a Sara con el parabién de los mandamases del pueblo, el cura y el alcalde (su padre), asistimos a una escena costumbrista de los bailes de antaño, aquellos en los que había que aprovechar la escasa luz y en los que el final del baile se marcaba, como en cualquier discoteca, con el encendido de las pocas luces con las que contaban estas salas (pág. 92):

¿Por qué siempre sientes miedo a equivocarte si lo único que te ha importado en tu vida ha sido hacer tu santa voluntad, sin mirar las consecuencias, ni el qué dirán, ni si una de Rueda va a tener la suerte —por ti despreciada— de casarse con ese mozo tan noblote —como diría su padre y hasta el señor cura—, tan borrico y tan culera, empeñado en que te echas otro pasodoble con él, antes de que llegue la luz y el tío Jotero se ponga a la puerta? Los mozos, casualmente menos el Caguetas que siempre dice «¡a cuentas estaremos!», le van abonando los dos reales de rigor; el tío Jotero los recuenta —tres pesetas menos que hace un año—, saca el pañuelo a cuadros azules y los guarda anudados en una esquina: —Como aquel que dice: «*algo es algo*»; y comía hielo.

Cuando el Caguetas por fin se echa novia forastera y ufano pasea su contento por el pueblo, cantando canciones picaronas, el tío Jotero, testigo de excepción de Monchel, le observa atentamente (pág. 118):

Por entonces el Cristóbal parecía empezar a andar de costadillo, como los gallos en celo, emperrado en tentar a la novia a toda costa, canturreando cuando salía a caballo hacia el Monte aquello de «*gorda la tengo, más la quisiera, para que entre las patas no me cogiera*», para luego contestarse él solito, haciéndose la gracia; «¡*la mula, maño, es la mula!*».⁴ Había encargado un anillo, adornado con un cristal como media ficha de dominó, que no se lo quitaba ni para dormir; se fijaba el pelo todo tieso con espuma de jabón; y de puro jaque que andaba parecía escocido, despatarrado y ufano, como si el echarse novia forastera fuera mejor que haber acertado el gordo de Navidad. El tío Jotero, que recordaba muy bien las calamidades de los Caguetas en otros tiempos, solía decir:

—El jodío, *come sopa de ajos y sale regoldando a pavo*.

El tío Jotero no defrauda al lector cuando aplica refranes conocidos a situaciones en que estos vienen al pelo. Así, cuando con motivo del traslado de los bienes materiales de la iglesia al museo provincial ve a un grupo de curas reunidos sentencia (pág. 211): «¡Malo! —comenta el tío Jotero—; siempre se ha dicho: *reunión de pastores, oveja muerta*» y nótese como en esta ocasión utiliza el

3 El tiempo que tarda el pelo en igualarse tras los trasquilones varía de unos refranes a otros: diez, quince días o incluso un mes, según las distintas versiones de este refrán refrán.

4 Aunque en este estudio no nos detenemos en ellas, salvo en casos excepcionales, en la novela encontramos bastantes canciones y coplas populares, retahílas infantiles, chascarrillos, algún acertijo, que entre todos siguen ayudando a recrear esa atmósfera de los años del desarrollo incluso anteriores.

presentador «siempre se ha dicho» como reforzando el dicho bien conocido.

Un poco antes, cuando Sara, ya convertida en periodista y acompañada de un fotógrafo, llega a su pueblo para cubrir el «expolio» de los objetos artísticos, el tío Jotero dice (pág. 201):

- ¡Qué cara eres de ver, redió! ¿Así que resulta que sois vosotros?, ¡cagüental!, ¿quién pensaba? «Algún tullido que viene de promesa» me he dicho al ver a la puerta de la iglesia tantas muletas y bastones relucientes. ¡Ya ves!: *el que no sabe es como el que no ve.*⁵

Tras el saludo, el tío Jotero se ve en la obligación de invitarlos a comer, y excusándose de antemano de lo falta que andará su despensa, ya que no es previsible que un hombre tan mañoso no sepa arreglarse en la cocina, dice: «Nos apañaremos cualquier guisote, y si no: *a pan de quince días, hambre de tres semanas*».

Ahora, cuando el tío Jotero parece estar en la plenitud de su salsa refranera, es cuando se narra el episodio en el que un anticuario aficionado, buscador de tesoros por esos pueblos, intenta engañar al tío Jotero sacándole a buen precio una pieza única, un candil, nada menos que del tiempo de los romanos⁶ (págs. 214 y ss.).

Primero el tío Jotero sigue la táctica de no mostrar ninguna prisa ni interés:

El mil-rayas busca una sonrisa bobalicona, repitiendo lo de su hermano tan querido, a quien tanto ilusionaría un candil como ése: dos mil es su última palabra, que ese dinero ya da para comprarse muchas linternas, docenas de linternas. Pero al tío Jotero se le ve sin prisas para el trato:

—Eso no son cuartos: mándeme algo más. ¡Suba sin duelo! que le tengo yo mucho apego a este artilugio para deshacerme de él. (Le ofrece la bota, después de hincharla soplando). ¡Hale!, échese un trago, que *antes de obrar hay que regar*.

Probablemente este *Antes de obrar hay que regar* sea un refrán aplicable al mundo de las obras de albañilería —es preciso regar el suelo para que el cemento fragüe más lentamente y mejor—, pero aquí nos encontramos con todo un mundo polisémico, ya que este refrán, que no hemos encontrado en ninguno de los refraneros habituales, puesto en boca del tío Jotero, parece indicarle al listillo que antes de obrar piense lo que va a hacer siguiendo la vieja máxima atribuida a Pitágoras en uno de sus versos áureos: «Reflexiona antes de obrar para no cometer tonterías». No podemos olvidar la ironía que representa este consejo, puesto en boca del socarrón y pillo tío Jotero, como consejo ante quien piensa engañarle. ¿Le recomienda que piense y a la vez le ofrece de la bota para que el vino obre precisamente en sentido contrario con el incauto?

Continúa el tío Jotero impasible su operación envolvente ahora por el lado de las palabras, a lo tonto a lo tonto, el incauto va cayendo en su propia trampa. El comprador oye lo que espera oír:

Le cuenta que antaño se encaprichaban con huevos y miel; más tarde espliego y cacharros; ahora, tejas, ya le digo, y carretadas del arenal para fregar; un día van a venir buscando hasta la resina de las sabinas «pa fabricar ungüentos, pasteles o queseó». Bien que se arrepiente de haber dado casi regaladas bandejas de plata, 6 cubiertos de moda y otros tantos de media moda, dos jícaras con un medallón que se veía al trasluz y hasta el sillón de la barbería cuando plegó, al enviudar. Y todo por cuatro perras:

—Podía haber cobrado más, pero no lo valían ni por el material ni por el uso que les daba. ¿Que el forastero tenía a bien dejarme cinco duros? Pues, agradecido: *todo es bueno para el convento, dijo un fraile echándose una puta al hombro*.

Todo es bueno para el convento, con este popular refrán el tío Jotero pone sobre la mesa su conformidad, su no avaricia, y el otro poco a poco va tragándose el anzuelo.

Por fin se cierra el trato:

5 Este refrán ya ha aparecido en otra ocasión en la novela, aplicado a una situación bien distinta y puesto en boca de otro personaje, según veremos más adelante.

6 Por supuesto que el candil es una falsificación de la que se valen el tío Jotero y el herrero para sacarse unos cuartos.

Ahí están cerrando el trato, por fin; más que nada —como le dice el viejo— no les vaya a pasar *como a los músicos de Lumpiaque, que les amaneció templando*.

Este candil es más que mis ojos pa andar por la alacena. Duelo me hace desprenderme de él; inclusive se lo daría de balde, porque *nunca lo más principal se ha comprado con dinero*, aplíquese el cuento. Pero sí le acepto las cinco mil pesetas, y no tome a mal que no quiera a cambio una linterna porque luego se gastan las pilas y tienes que andar pidiendo favores pa que te las traigan de Molina, ya le digo: de cambiar por algo, mejor serán las cinco mil pa fundirlas en montarme una instalación, con conmutador y toda la pesca, que falta va haciendo a la casa. En fin: norabuena; que *comprar bien es heredar*.

Se va el timador timado tan contento con su compra y el tío Jotero exclama: «¡¡Fuego, que es de paja!! ¡Uña de aquí, ladrón, por la cuenta que le trae!».

No nos extraña que «Tu fotógrafo no entiende nada de nada cuando bajáis derechos hacia la higuera del corral». El tío Jotero, se excusa levemente ante Sara, echando mano una vez más de la sabiduría popular: «Y qué vas a hacer, hija? *Ponerte la capa por donde sopla el aire, ¿no, Sara? Hay que entanguillar la vida como mejor se pueda*».

El tío Jotero quiere seguir haciendo su voluntad hasta el último momento, ayudando a sus vecinos más necesitados a fuerza de estirar la pensión y algún que otro chalaneo como el narrado, y siempre, siempre conservando el buen humor para el chascarrillo y el dicho agudo y picarón. Así imagina sus últimos días el tío Jotero (pág. 248):

Si un día le mandaran al Asilo de Molina o al Convento de la Caridad, se volvería a la mañana siguiente, como hizo la Liboria; y si no le sobraban fuerzas ni para estornudar, su ilusión más grande sería quedarse de campanero, a ver si prosperaba y le ocurría como en aquel suceso tan sonado, cuando se descubrió que la Superiora iba disfrazada, ¿tú no recuerdas el dicho: *las monjas de Santa Clara, todas mean a chorrillo, menos la madre abadesa, que mea con canutillo?*⁷ Si por bien es —te dijo— ahora no le falta de nada, porque le sobra casi todo: la mitad del subsidio se lo da al Moisés, o por mejor decir, a la Juliana; porque el pobre Herrero no aguanta dos tragos, enseguida empieza «¡¡aquí Radio Andorra...!!»; es un caso perdido. Menos mal que van tirando gracias a Samuel Iturbe, el de «Confecciones Molina», un amigo del sastre que se ha quedado con la subasta de Intendencia y cada veinte días le trae a la Juliana una camionetada de cortes de uniformes para que se los cosa. Con la otra mitad del subsidio ayuda a la Liboria y a don Salustio; come, bebe, compra tabaco y leche condensada, se lo funde en lo que se le antoja —«*con dinero, chifletes*; sabido es— y no guarda en la cartilla ni zarrapitos, por más que los de Fidecaya y los del Banco con agencia en casa de la Pitona andan revoloteando a toda hora al olor de sus dieciochomil por mes.

Con su pensión —otros de los milagros del desarrollo español— el tío Jotero se siente el amo del mundo, y es que ya se sabe, que *Con dinero, chifletes*, los mismos chifletes de los que habló don Salustio, el maestro, con otro refrán cuando la visita de la inspectora (ver más adelante).

La Abuela

La abuela de la Gaznápira, la Abuela, es otro de los personajes que dice bastantes refranes en la novela, siempre tiende a apoyarse en ellos, su habla tiende a ser sentenciosa, los esgrime como autoridad para hacerse obedecer, incluso en las cosas más nimias, ante su nieta para la que por circunstancias de la vida actúa como madre aunque entre ellas parece que haya lo que ahora llamaríamos «buen rollito».

También en su primera aparición en la novela, la abuela se nos presenta con refranes en la boca, aunque esta vez no hable de modo directo sino a través de su nieta narradora (pág. 43):

Ayudas a secar la cacharrería que friega la Abuela estrepitosamente, apagas las ascuas mortecinas

⁷ Hay varias coplas populares con ligeras variaciones en la letra, que hablan de una chica que se destaca del resto por algo, por ejemplo: *Las mocitas de mi pueblo / mean todas en corrillo / menos la hija del secretario / que mea en un canastillo*; aquí vemos la letra adaptada para ilustrar el suceso que se está narrando.

del leño con un chorreón de la botija, barres el portal después de regarlo a manotazos y, cuando está recogido, pasado el escobón y echadas las cortinas (la Abuela es una cagaleches con la manía de limpiarlo todo que «*cosa hecha no corre prisa*»), bajáis al jardín para peinaros.

Ni incluso, cuando avanzada la novela, la abuela cae enferma y debe la Gaznápira suplir su ausencia en las tareas domésticas, la buena mujer deja de apoyarse en los refranes (pág. 82):

Jamás dará su brazo a torcer. Pasó Añonuevo, Reyes, san Antón y estás segura de que, por las trazas, la Abuela sanar no sanará pero, desde luego, no está dispuesta a claudicar; es mucha mujer la madre de tu padre —tan menuda y sumidita— como para rendirse con sólo setenta y cuatro años; su madre vivió ciento uno y su abuela, ni se sabe. En cuanto pueda se levantará, se arrebujará con el retor de la cama envolviéndose las piernas y se sentará, en la silla más baja, de cara a la lumbre mientras tú tizoneas con las tenazas, sorda a sus refunfuños y a su desespero por no poder sacudirte un soplamocos: «*¡al buen fogonero le sobran fuelles!*; no apelmaces las tamaras; aire por debajo es lo que pide; ¡muchacha, que nos ahumas!».

Con frecuencia la Gaznápira sacará de quicio a la Abuela (pág. 110): «Incluso te esconderás en la cámara y la Abuela —con la mesa puesta y la sopa enfriándose— te reclamará a gritos, porque ¡rediós! *eres como el perro del tío Tarabilla, que se ponía a cagar cuando saltaba la liebre*».

Al contrario de otros personajes, que a veces recrean los refranes (lo hemos visto en el Elías), la abuela suele decirlos fieles a la letra, y los invoca como autoridad que son, como ese «siempre se ha dicho». También los repite, como cuando aconseja acostarse pronto, algo que sucede dos veces en la novela, y que nos da idea de reiteración, de ser la Abuela mujer de costumbres y decires fijos.

La Abuela («¡rediós qué helada estará cayendo ahí fuera!») disimula con que son las tantas, lo menos las diez de la noche, y que lo mejor será acostarse; *siempre se ha dicho: trasnochar y madrugar no caben en el mismo costal* (pág. 83).

La Abuela, en las relaciones con su nieta, tiene siempre presente también su papel de madre en el que la puso la tragedia familiar en forma de tormenta seca (pág. 125) :

La Abuela también te había llamado mula terca, cabezona y eriza cuando le diste calabazas rabonas al Cagueta en su última tentativa; pero podía haber dicho «¡jodía muchacha, qué genio saca cuando quiere!» o «¡no es mal escarmiento para ese Gorgojillo, rediós!» y hubiera sido más sincera. Cuando aseguraste y prometiste que no te casarías nunca; lo decías casi convencida, pensando que casi todos los hombres serían tan apestosos y cafres como el Cristóbal, y en eso la Abuela quiso ser una madre dándote la razón con que «*los hijos criados, los duelos doblados; y si están casados, multiplicados*»: su recuerdo sin duda clavado en la tormenta seca que retumbó chimenea abajo dejando a su hijo sin conocimiento, a su nuera en un grito inmóvil, a su nieto niño (ese hermano tuyo que-nunca-se-nombra) como un tizón humeante y encogido cuando el rayo hubo cruzado la cocina.

La Abuela se nos presenta, en cualquier caso, como una mujer sentenciosa, fuertemente enraizada en el saber popular, apegada a creencias antiguas, como en la siguiente y descriptiva escena (pág. 84) en la que sin llegar a incluir refranes su hablar sentencioso reafirma ese «sabido es» tan popular y por sí mismo algo que no se puede discutir, el saber de toda la vida frente al de los libros:

Cuando llega la luna llena te pide [la Abuela] que cambies de posición el dinero que guarda en el arca de la sala: «*¿eso no viene ni en los libros ni en los papeles? ¡Qué sabrán quienes los escriben!*». Pero tú la sientes esponjarse, admirarte, animarte con sus regañinas cuando acabas de contar, sentada a los pies de su cama, que ya habías estudiado lo menos una treintena de libros y leído más que todos los que tiene don Dimas en su cuarto.

Otro aspecto importante a tener en cuenta son las relaciones entre la Abuela, el padre de la Gaznápira y la propia Gaznápira, cómo van traspasándose el conocimiento y los principios de autoridad.

Las apariciones del padre de la Gaznápira no suelen ser directas, sino a través de su madre, la

Abuela, o de su hija. Ambas lo invocan cuando necesitan una opinión reposada y ponen en su boca decires surgidos de la reflexión; más que refranes son sentencias, conclusiones reflexivas, por más que sean comunes, las que los otros personajes ponen en boca del padre de la Gaznápira. Así la Abuela resume el revuelo producido por la preñez del ama del cura, la Liboria (pág. 84):

Quando el cigüeño vuelve al nido del Chopo Viejo, en el lavadero y en la tienda los cuchicheos y las medias palabras empiezan a zumbar. La Abuela —dos meses y una semana sin asomarse al portal— sabe más que tú de la palidez de la Liboria, de su desmejoramiento, de que se murmura y no se acaba:

—En fin, hija, que como suele decir tu padre: menos mal que *el tiempo todo lo averigua*.

Para la Gaznápira (y no sabemos si consciente o inconscientemente por parte del autor) su padre es el que dice los refranes que hemos oído de boca de la abuela, así (pág. 165):

La Abuela se había ido a dormir con su «hasta mañana si Dios quiere» y la lumbre ya asentada te traía otras veladas de confesiones cálidas, chocantes, interminables hasta que tu padre te decía «hala, mañana sigues; *que trasnochar y madrugar no caben en el mismo costal*».

La Abuela, que para todo tenía sentencia, habría sabido aplicar a esta situación la misma que encontramos más adelante en la novela cuando hasta el cura abandona Monchel, y una vez más vemos cómo la Abuela traspasa la autoridad a la figura del padre (pág. 186):

La Abuela llegó a conocer dos curas viviendo en Monchel:

Y ahora, ni restos; aunque ese sacamuelas que viene de Molina raja por cuatro. ¿Vís qué labia? A mí me dan mala espina los que sólo tienen buenas razones. Como decía tu padre, *las mismas palabras no siempre dicen lo mismo: cambian según quién las diga y por qué las diga*.

Como no podía ser menos, la Abuela también se apoya en los refranes en su labor de ama de casa, cuando se trata de la alimentación de la familia o de los invitados, como Gabriela (pág. 151):

De postre, queso de cabra y ensalada de lechuga con vinagre, aceite y miel; miel algo tardía: de ajedrea, aliaga y, sobre todo, del espliego que ahora sobra a tutiplén, no como hace veinte años cuando venían con las calderas a cocerlo a mitad del monte para llevarse la esencia. (Ahora les da por comprar aldabas, candiles y calentadores de cama y rebuscar cantos labrados por los barbechos.) Tras el postre, más jamón, duro de tres años como el pedernal («¡Ah, si yo tuviera colmillos, Virgen santa y santa Polonia bendita!», se quejó la Abuela), natillas espesas...

—No me deje ni una titería, que ya se sabe: *la boca y la lumbre, lo que le dan consume*. ¿O acaso no le prueba?

O bien (pág. 195):

Al rematar las sopas de leche, la Abuela se echó un trago de vino tinto diciendo como siempre «*a sayas blancas, ribete negro*», igual que dice el Moisés. (El Moisés también dice «*el agua es la perdición: enrobina el hierro, pudre la madera y malea los cuerpos*».)

El Moisés, el hijo de Elías el Herrero, también herrero, y de la misma generación que Sara, es de los pocos que se ha quedado en Monchel y como veremos más adelante ha heredado de su padre algo más que el oficio.

Finalmente la Abuela, como no podía ser menos, nos presenta su sabiduría tradicional en las cuestiones relacionadas con la fisiología de la mujer, invocando a san Ramón Nonato, abogado de los buenos partos, aunque la situación en la que dice el refrán, más que referida al parto en sí, tienda a burlarse de las que andan en alegrías sin reparar en las consecuencias. En este aspecto la Abuela se nos presenta como terriblemente conservadora y en la línea de que en las relaciones sexuales, por estar orientadas a la procreación y aceptar la mujer resignadamente esta tarea. lo placentero es totalmente o inexistente o secundario (pág. 191):

Quando todo está listo, Cleo-la-Completa avanza por el zaguán bamboleando su tripa de preñada, se le alaba el gesto y la voluntad, pero la recomiendan que se quede, se le podría desgraciar la criatura:

«sacaría unos bizcochos con vino rancio», dice alguien. Cleo se sienta haciéndose la sufrida, gimoteando, recogiendo el moñete en la coronilla, por donde le clarea el pelo, rechazando los bizcochos porque le dan arcadas: anda desganada, revuelta desde que le han contado lo de Gabriela. (La Abuela diría al día siguiente, al contarle tú sus muchos dengues de parturienta: «Sí, sí, *todas rezan a san Ramón pero poco se acuerdan de él cuando están en la función*».)

Don Dimas

Don Dimas es el cura de Monchel; responde al perfil de misa y olla. Enraizado en lo popular, deja entrever sus estudios y sobre todo su condición de pastor de almas a través de sus sentencias morales, de carácter también popular pero con un barniz culto. Ya le hemos conocido en el velatorio del Herrero, al que por fin consiguió confesar, con ese *En el cielo lo veamos*, a medio camino entre lo popular y lo piadoso, pero también sabe representar su papel de intelectual conocedor del pueblo cuando, por ejemplo, tiene que aconsejar a la inspectora en el delicado tema del cierre de la escuela (pág. 63):

Dos meses después no hubo periodistas, ni volteo de campanas, ni alfombra blanquecina, ni banderitas, ni bendiciones, cuando la inspectora echó su discurso en la plaza para decir que la escuela se cerraba. No hubiera hablado de no insistirle don Dimas, tomando café, en que *un buen sermón ablanda los corazones*, deja a todos satisfechos y así nadie le guardará rencor.

—Y no se ponga ese traje-chaqueta tan triste. Venga mañana con lo mejor que tenga: cuanto más se revista de autoridad, cuanto más ricas sean las vestimentas, más a su favor. A la gente le importa mucho el ropaje, y *conviene vestir al santo cuando la ocasión lo requiere*.

Sin lugar a dudas, su labor de sacerdote le ha enseñado la importancia de la palabra y el saber vestirla, y así se lo aconseja a la inexperta inspectora que de pueblos debe entender poco. A pesar de ello, de poco le sirve a don Dimas su campechanería y sus excelentes sermones y mejores razones cuando tiene que enfrentarse al asunto más delicado de su existencia: casar a su criada a la que según todos los indicios que se nos dan en la novela ha preñado.

Su primer «confidente» es el sacristán, totalmente ajeno a la realidad, en el que trata de apoyarse para resolver la situación (pág 81):

La Liboria se recoge el mandil sobre la abultada saya de estameña, les pone unas copitas y se va temerosa, con un mirar mitad suplicante de gato arguellado, mitad rabioso de gato en celo.

—Anda algo maganta ésta, don Dimas. Alguno la ha trastornado, eso no se me quita a mí de la cabeza; ¡mire que si es un casado! Usted, ¿malicia de alguno?

—¡Hala, hala, no digas simplezas!. Lo que hace falta es que se case, que *el matrimonio todo lo santifica*.

—¿Y si no consiente?

—Se dejará guiar por el buen camino. Lo que nos cumple es encontrar su horma, que andar solo por la vida es bien triste. Mira tú mismo, cómo te ves. Hay que dar con uno y cuanto antes; que *todo tiene remedio en esta vida menos la muerte*.⁸

Tratando de buscar ese marido para su Liboria no duda en echar mano de toda la sabiduría popular, así por ejemplo cuando tiene que alabarle al alcalde a su hijo Cristobal (el Caguetas) como posible partido (pág. 96):

Pero don Dimas le ha llamado para hablar de asunto más serio, que para eso le ha hecho entrar; estas cosas solamente se pueden discutir dentro de casa. Don Dimas le alaba a su hijo Cristóbal, siempre tan dispuesto, tan servicial, tan hombre cuando puja por sacar las andas del santo, aunque la costumbre ya se haya perdido; bien trajeado los domingos, la mili cumplida, veintisiete años correosos, que no hace falta ser un gigantón, *ya se sabe que la buena esencia requiere frasco*

8 Compárese esta forma de enunciar el refrán por parte de don Dimas con la que hace el Moisés más adelante (nota 12)

pequeño; en disposición de festejar: me han llegado rumores de que anda tras la del Ramiro, algo rara y solitaria es esa muchacha; en cambio hay otras, mi Liboria sin ir más lejos, tan hacendosas, tan curiosas, tan santas... Yo no vería con malos ojos, no señor...

O cuando se enfrenta a todos los mozos del pueblo (pág. 99):

Lógicamente don Dimas estaba de un humor de perros el tercer día del cursillo. «No creáis que la escasez de mozos, o, peor aún, la abundancia de mozas, os va a permitir dar rienda suelta a vuestros deseos, a elegir lo primero que os salte a la vista. Hay mozas —porque moza es una mujer mientras no se case por más que no cumpla ya los 20 ni los 30— que son un dechado de virtudes. Todos debemos ayudarlas a que encuentren su mozo, *cada oveja con su pareja*, Liboria por ejemplo...»

No le salen bien las cosas al cura en lo que a la Liboria se refiere, y el desenlace de este episodio y de la consiguiente relatoria es uno de los mejores momentos de la novela, todo un hallazgo por parte de su autor, Andrés Berlanga, desde el punto de vista narrativo. Vuelve el cura a ejercer de pastor de almas y en el noviazgo del Caguetas, del que ya hemos visto la visión del tío Jotero, encuentra el pastor de las almas monchelinas el campo más abonado para su predicación (pág. 130):

El Cristóbal empezaba a comprender que don Dimas sabía mucho de la vida y que esa palabra rara suponía más o menos lo mismo que no tocar, no ser ansioso, no montarla, no darse el gusto, ese gustazo que don Dimas llamaba gravemente peligroso, matador de la alegría de vivir, antesala de las puertas del pecado y causa principal de enfermedades vergonzosas si no contiene tus apetitos hasta el día del matrimonio. Porque la castidad consiste en *evitar el peligro evitando la ocasión*; en no dejarse seducir por los encantos exteriores, en no bailar agarrado, en regular las hambres en materia tan peligrosa, atemperando la carne, pensando únicamente en la grandeza de esa noche de bodas que ella espera ilusionada.

Nótese cómo don Dimas no cita el refrán de forma literal, sino que le da un giro convirtiéndolo en una frase que podría estar sacada de cualquier libro sobre moral y que se encuadra perfectamente en su lección sobre moral sexual.

Otros monchelinos viejos

Transitan por la novela otros muchos monchelinos pertenecientes a la generación del tío Jotero o la Abuela, aportando cada uno su personalidad a esta galería de seres humanos tan bien representados.

Así tenemos a don Salustio, el maestro, el otro intelectual, junto a don Dimas, del pueblo, y al que también hemos conocido «haciendo por la vida» en el velatorio del herrero. La situación más dolorosa para él a la que tiene que enfrentarse es la del cierre de su escuela monchelina ya muy cerca de la jubilación. Su diálogo con la inspectora es una lucha de poderes, un mano a mano entre el viejo maestro de antes de la guerra depurado por el nuevo régimen y la representante de este nuevo régimen. Don Salustio, hombre culto, no duda en utilizar el mismo lenguaje que sus monchelinos (pág. 64):

La inspectora lo sabía muy bien; como sabía el expediente de don Salustio. Quiso tapanle la boca, que rabiara sin rechistar:

—¿Qué ha hecho usted para que le manden aquí?

Antes del 36 no se hubiera callado, pero ahora hizo oídos sordos.

—Les tengo apego, ¿qué quiere que le diga? Son ya ocho años viéndoles padecer, viendo cómo se pierden verdaderas inteligencias, salvo los que se llevan los curas al Seminario, que esa es otra. En Monchel no hay un solo analfabeto. Usted lo sabe: *aquí, el más tonto hace chifletes*, como dicen ellos.

El dicho habitual es *El más tonto hace relojes*, pero vemos que aquí se ha cambiado el

mecanismo complicado de un reloj por algo mucho más sencillo, un chiflete (chiflo) para el que se requiere también una cierta habilidad y de los que se volverá a hacer eco el tío Jotero al final de su vida, *Con dinero, chifletes*, como ya hemos visto.

Don Salustio sabe reconocer la valía de sus alumnos y por ello no duda en trabajarse al Ramiro, el padre de la Gaznápira, para que le dé estudios, pero el Ramiro, hombre prudente de campo, se resiste aunque no dice que no. Oigamos las razones de unos y otros y finalmente las de la Gaznápira, que se resiste a quedarse en el pueblo (pág. 64):

A tu padre le andaba también don Salustio con la misma matraca: «Mira, Ramiro: si yo fuera el padre de Sara no dejaría que se perdiera una disposición como la suya. Parece algo ida, que no está a lo que está, y no es cierto. Lo que ocurre es que se le queda todo antes que a nadie: lo que para otros necesitas cuatro, a ella le basta con uno. Siempre está maquinando porque precisa más. Dale estudios, Ramiro. Mándala a la capital, no seas tontolaba; es por su bien».

Pero tu padre te necesita. Consideraría tu marcha si viviera aún tu madre o si otra ocupara su puesto; si se hubiese casado después de enviudar tan joven; según tus cuentas a los treinta y pocos años. (O quizás se quedó solo antes, porque ya vas adivinando que realmente tu madre murió cuando tú no habías nacido aún, cuando Monchel crujió aquella tarde de la famosa tormenta seca, siempre recordada con silencios prietos de culebrinas hincándose en la tierra y truenos de espanto.) Hasta que te cases, tendrás que ser la mujer de la casa: los inviernos no pasan en balde para la Abuela, aunque todavía esté tan pita, «y además *el año no ha sido bueno* —¿qué año habrá sido bueno aquí? —, *no estamos sobrados; a ver el que viene*». Le hablas de tu tía, de que siempre se queja cuando va a veranear por no tener una chica que la alivie en la lechería de la capital: escríbala, padre.

Sin estar ante refranes o frases sentenciosas propiamente dichas nótese el hablar sentencioso del padre de Sara apoyándose en auténticos tópicos, frases hechas, entre las gentes del campo.

No dejemos a don Salustio sin recordar, sin ver la relación que mantiene con sus alumnos. Don Salustio es un clásico, un maestro que enseña a través de máximas, y así se dice explícitamente en el texto (pág 49): «don Salustio levanta la vista del libro que le tiene absorto y te castiga a copiar diez veces *«la ociosidad es la madre de todos los vicios»* o te deja elegir otra *máxima* como él dice».

Volvemos a la figura del padre de Sara para terminar de perfilarla: hombre prudente y silencioso que entra y sale de la novela casi sin darnos cuenta. Ya sabemos que muestra sus recelos y dudas ante el porvenir de su hija y más recelos muestra aún cuando sabe de las inclinaciones de su hija por el periodismo (pág 84):

Tu padre también se calienta las palmas mientras te escucha lo del examen muy difícil que ya pasaste —por eso no viniste en el verano— y el que te espera, y otros; siempre la primera de las listas, Abuela, para eso me apellido Agudo. Si llega el caso, le darás gusto a tu padre, se lo prometes, y acabarás siendo maestra porque para él *eso de escribir ni es trabajo ni parece de respeto*. La Abuela te abre una rendijita de ánimo sin dejar de chafarte: eres tan testaruda que serás muy capaz de encapricharte con eso de salir en los papeles, una nadería, como dice tu padre, con tal de hacer tu santa voluntad y encima no volver a Monchel.

Otra vez esos medio refranes del padre de Sara, como si al reproducir exactamente sus palabras, su modo de hablar, fuera el autor de la obra creando nuevos refranes.

El padre de Sara, Ramiro, es evocado en otras ocasiones por su hija, que pone en su boca algunos dichos como por ejemplo cuando se enfrenta al porvenir de Sara, que vuelve todos los veranos a ayudar en las faenas (pág. 118):

Le encontrabas cada vez más apagado, murrio, con ánimos más turbios cuanto más clara parecía tu ida de Monchel; lo veías trabajar, echar cuentas y aventurarse sin la misma ilusión que años atrás, cuando todo lo hacía pensando que te casarías en Monchel para seguir en Monchel. O quizás le

entristecía tu tos perruna, la que te obligaba a volver desde san Isidro hasta la otoñada para bien de tu pulmón, entre aires acuchillados y paseos por el monte, sin que faltaran —¡qué remedio!— las faenas de casa, la casilla, el huerto, el campo... *toda ayuda es poco*. O puede que tu padre viera perdida la partida contigo, cada vez más rara y más terne con esas ideas de vivir de la nada.

Sara también evoca los dichos de su padre cuando vuelve al pueblo, el padre y la abuela idos para siempre, y siente miedo ante la casa vacía (pág. 230):

Siete años más tarde recompondrás tus ansias de 1974 y aparece, con el sol amoratado desangrándose por el Sabinar, una Sara Agudo en paz, huérfana, con una placidez también agrídulce bordeando la tristura, ante una casa vacía cuya puerta no te atreves a traspasar porque te da una pizca de miedo —«*el miedo es libre y cada cual coge lo que le pete*», decía tu padre— pensar que al abrir el ventano y entrar, al cabo de tres años, te vas a encontrar yesones caídos, marcos hinchados anidando arañas, goterones, mudéz total, patatas renacidas en la alacena, hortigas en el jardín escalando el ventanuco, oxidada la plancha de la lumbre, muerta la ceniza...

Hay un episodio en la novela en el que Ramiro parece ser tajante y tomar la palabra (estilo directo en medio de la narración) para sentenciar de una forma rotunda sobre el nivel de acomodación a la adversidad o prosperidad de los comerciantes por humildes que sean (pág. 100):

La Pitona ha sabido ir bandeándose: vende las cerillas una perra más caras que en cualquier pueblo; las cajas de galletas, dos reales; las alpargatas, una peseta; y la miel la pone a 17,50. Si lo que traen de fuera lo encarece porque los portes le cuestan más por venir a un pueblo tan perdido; lo del lugar —miel, nueces, patatas, cebollas, ajos, leche de cabra...— es igualmente caro de cajón, porque «*dos reales de más a nadie le hacen duelo y a mí, unos con otros, me avían*». (Tu padre sentenciaba cuando salía esta conversación: «*desengañaos, quien pesa y mide es el que vive*».)

¿Quién es esta Pitona que nos ha aparecido en el análisis y que parece hablar también de forma sentenciosa?

Daría Larriba, la Pitona, es como el tío Jotero otro de esos personajes imprescindibles en un pueblo. Ella es la abastecedora de todo lo que el pueblo no produce, la que detenta el bar, la posada, el teléfono, el banco y hasta el teleclub. Personaje rácano, siempre mirando por su beneficio, no despierta simpatías. Como el tío Jotero está presente en toda la novela y curiosamente no la vemos envejecer, aunque suponemos que lo hace a juzgar por cómo crecen sus hijos. Es también mujer dada a meter las narices en los asuntos ajenos, mucho de lo que pasa en Monchel ocurre en su local, y a él van a parar todos los forasteros.

La Pitona, siempre mirando por su negocio no duda en reclamar a Sara una antigua deuda de su abuela echando mano de un dicho sentencioso (pág. 211):

La Pitona aprovecha para informarte, en cuanto te ve, de que aquella temporada, de hace tres años, tu Abuela quedó a deberle la leche y medio kilo de miel:

—No lo digo por peseta más o menos sino por estar en paz y todos contentos; por quitarme un peso de encima, *que quien dice la verdad ni peca ni miente*. ¡Dios tenga en su gloria a tu abuela!

Monchel parece tener alcalde perpetuo, directamente nombrado por el gobernador provincial (lo normal durante la dictadura de Franco), Francisco es un hombre que sabe respetar la ley y obedecer a las autoridades en lo que dispongan. Así asistimos a su conversación con la inspectora cuando se anuncia el cierre de la escuela (pág. 57):

Cuando le explicó que tendría «su-vención» («mi ¿cualo?», replicó el Alcalde), Francisco se quedó más tranquilo:

—*Así es la vida: hoy por unos, mañana por otros*.

«Algunos padres no van a estar muy conformes; no con el cierre, que tanto se les da, sino en mandarles a Molina, que es un desacarreo. Yo ya no tengo muchachos en edad, no señora, pero

también me va a dar pena ver la escuela vacía, ¡la de años que llevará ahí, qué sé yo!; dicen que la mandó hacer un obispo antes de que echáramos a los moros de España, que por eso está lindando con la Iglesia. Pero *es ley de vida*, sí señora», remató sin mirar a los ojos, como siempre.

Así es la vida, es ley de vida, mayor conformismo con las decisiones de arriba no se puede mostrar. El mismo conformismo que muestra cuando del pueblo es sancionado por una falta cometida (pág. 90):

El Alcalde también se consuela con que, cuando se cumplan los tres años de veda que puso el gobernador como castigo por aquella escabechina, piensa alquilar todo el término a unos americanos, o quizás sean alemanes, que han venido un par de veces muy interesados por el coto, y no parecen de cuidado, porque hablan torpemente y con mucho respeto. Lo mejor será dejárselo a renta a esos turistas; siempre se sacará unas perras para el pueblo, *algo es algo*.

Algo es algo, y comía hielo, dirá enseguida, como ya hemos visto, el tío Jotero cuando cuente las perras que ha sacado del baile. Es la conformidad de los hombres de pueblo con lo que venga, con lo que hay, aunque el uno se muestre bastante más socarrón que el otro, y en la socarronería exista un atisbo de protesta ante la injusticia.

Francisco, el Alcade, debe poner también algo de orden entre sus vecinos, así cortará las alas de la murmuración en boca de la Pitona cuando la forastera, la amiga de Sara ha desaparecido (pág. 190): «¡Tú a lo tuyo, Daría, que *si la envidia fuera tiña...!*» Refrán archiconocido que produce casi más efecto enunciándolo de forma incompleta, dejando que el otro, al que va dirgido, lo complete.

El Royo y Teodoro el Francés responden al perfil de mozos viejos, son otros dos monchelinos que viven, sienten y padecen en Monchel. El Royo no le tiene buena ley a Francisco, el alcalde, porque ha sido depurado y se le ha quitado el permiso de tienda-cantina que poseía pasando la Pitona a ejercer en régimen de monopolio. La opinión que el Royo tiene del alcalde queda patente en una frase arrefranada: «ése, *oye rebuznar a un burro, y contesta*» (pág. 46).

Por su parte, Teodoro el Francés, probablemente apodado así por su hablar gutural, es pastor y mozo viejo, sin embargo, gusta de mujeres y aconsejar a los mozos, suele ser testigo de lo que acontece en el pueblo y muestra también un hablar sentencioso con guiños de malicia. Teodoro el Francés, pese a su soltería y castidad forzosas, no duda en aconsejar a los más jóvenes sobre cómo deben ser sus relaciones amorosas (pag. 128):

Todavía transcurrió alguna semana más antes de que el Caguetas diese muestras de que, como le aconsejó el Teodoro, lo mejor era cumplir el dicho de que «*entre tentón y tentón va madurando el higo*».

Teodoro el Francés no se deja llevar por las opiniones de los más jóvenes a los que si es preciso lleva la contrario. Así, cuando a Moisés, del que hablaremos a continuación, dice su opinión no muy favorable acerca de la novia de su «enemigo» oficial, el Caguetas, Teodoro le replica con gran sentido (pág. 141):

El Moisés murmura en el coro que *por más que se vista de seda, se queda en una sin substancia*⁹, tan refitolera. Y Teodoro el Francés, ya con espolones y haciéndose a la idea de que no iba a catar mujer en su vida, le responde envidioso:

—*La que no se ha disfrutado, nunca es fea*; ¡qué hostias! Tendrá menos chichas que el tobillo de un cagdelino, pego, así puesta, paice otre.

El accidente sufrido por el Caguetas durante la noche de bodas, al quedarse encajado entre los hierros de la cama, al intentar acceder a su mujer, es resumido sentenciosamente por el Francés (pág. 147): «*El que no sabe es como el que no ve: lo mismo da el golpe en el clavo que en la hegaduga, ¡tooooo!*». Ahora, es preciso señalar dos cosas de este refrán al que Teodoro le ha

9 Clara alusión y transformación del conocido refrán *Aunque la mona se vista de seda, mona es y mona se queda*.

añadido una aclaración oportuna y reforzante: la primera que se lo dice al Moisés, herrero de profesión y enemigo del Caguetas, ¿a quién mejor puede ponerle este símil? Símil, que por otra parte tampoco es inocente pues hay que tener en cuenta que está describiendo el primer encuentro sexual de los novios.

Los jóvenes monchelinos

A los jóvenes monchelinos los vemos crecer, asistimos a su desarrollo, a sus ilusiones de jóvenes, a su madurez y casi casi a su vejez. Dos son los personajes masculinos: Moisés, el hijo de el Herrero, y Cristobal, el Caguetas, el hijo del Alcalde, de los que ya hemos tenido noticias a través de otros personajes. Dos serán las jóvenes monchelinas: Sara y su amiga Juliana. Veamos cómo hablan unos y otros, cómo se expresan, cuáles son sus ilusiones, sus aspiraciones...

Moisés es el hijo del Elías, *el Herrero*, y ha heredado de su padre no solo el oficio y el anticlericalismo —«huye del agua bendita como gato escaldado» nos dice el narrador en un momento de la novela (pág. 93) y también *«de casta le viene al Herrero el encoraginar a los curas»* (pág. 203)— sino también su hablar sentencioso, aunque el Moisés guste de recrear los refranes y expresiones, de inventar algunos incluso, característica a la que llegado el caso también se acomoda el narrador.

Sara siempre estuvo enamorada del Moisés, de su fuerza y porte, por él sentía una gran admiración y así asistimos a ver cómo la joven Sara pasa una tarde memorable con él, en los campos de Monchel, y cómo deben resguardarse de la tormenta y...

Quizás te engañarás este domingo de agosto de 1981 rememorando aquella tarde tan nítida y tan lejana que no supuso nada para Moisés. Si en la Cueva del Lobo te lo hubiera pedido, habrías dicho, a la primera, que sí; aunque te hubiese tomado por una cualquiera. Desde ese instante, toda tu vida hubiera sido otra —quizás mejor, quizás peor—; habrías recorrido junto a él otros caminos; tendríais hijos ya de hasta más de 20 años; ¿cómo serían a tus 41 años? Le habrías sentido cerca día y noche; allí habría terminado aquel redolor que te atosigaba al pensar que existían otras personas que podían estar más tiempo con él, que podían conocerlo mejor y de más maneras. Sentirte pensada por el Moisés —cuando los dos perseguíais sentados el corrimiento de los nubarrones panzudos— te hubiera hecho la mujer más feliz de todo Monchel, de todo Molina de los Condes, de la Tierra y del Universo. *Pero siempre que llueve, escampa; a veces antes de llegar a mojar te.*

—*Si por bien es, esta tronada va ya de recogida* —rompió el silencio el Moisés—. ¿Nos llegamos hasta la Torreta?

[...]

¿Dónde estarán los muertos? El Moisés piensa que junto a la iglesia, como ocurría antes en Monchel; o quien sabe si no huyeron todos los vecinos el día de alguna batalla contra el Cid; o quizás se quedaron sin enterrar si la peste arrambló con todos; *«a la muerte le basta una renglitz estrecha para entrar a borbotones»*. En este corro podría estar la fragua; en aquel altozano, la escuela; allí, el horno; sobre la Torreta misma estaría la iglesia... En el atardecer de contornos cada vez más fundidos imaginas que los de Monchel puedan ser algún día como estos del antiguo Valderrodrigo, y aumenta tu tristura malva y lacia de todo el día (pág. 70).

Tarde memorable en la que todo ni tan siquiera empezó, una tarde en la que el Moisés se muestra lejano y filósofo pensando en sabe Dios, sirviéndose de pensamientos ajenos para expresar la impotencia ante la muerte o ante la tormenta; tanto ante la una como ante la otra, solo hay que esperar a que pasen y esperar que no le toquen a uno. A veces hasta escampa antes de que llegue a llover, genial imagen del autor basada en un refrán; genial forma de resumir y preparar al lector para lo que no pasó.

El Moisés se quedará en el pueblo, no tiene ambiciones fuera de él, allí tiene la libertad suficiente

para hacer lo que le dé la gana e incluso para encontrar quién le eche una mano. Este bohemio pueblerino nos irá dando también razón junto al tío Jotero, al que tanto se le parece, de lo que va aconteciendo en Monchel. Cuando llegan los años malos, el Moisés se fija en cómo repercute esa escasez en las cosas superfluas y por lo tanto en las lúdicas, en las de esparcimiento, y quizás dentro de esa filosofía vitalista es el que se da cuenta de cuán necesario es también lo menos necesario (pág. 74):

En la cantina hay menos mozos que de costumbre y no se nota que sean las vísperas: piden un porrón para cuatro y, los más arrogantes, se echan una gaseosa con cerveza, pero nadie se saca una lata de berberechos o unas olivas, como en los buenos sanisidros. Se les veía mochos, el Moisés lo tenía dicho:

—Ten presente que *un mozo sin perras es medio mozo*.

El Moisés, ya desde joven, congenia bien con algunos personajes marginales de la novela, como el capador y pone de manifiesto su afición al vino (pág. 46):

(Al acabar de capar siempre dice como el tío Capagrillos, el esquilador: «Las friegas de vino para aliviar al animal, mejor me las doy yo por dentro.») Se colma el jarrillo y el Moisés aún le anima: «¡jecha, echa, que *eso y nada todo es nada!*»

El Moisés, como el tío Jotero, y como su padre, sabe adaptarse a quien venga y a lo que venga, y es que «¿qué es la vida sino saberla bailar?», como dice en otro momento de la novela (pág. 93):

Del Moisés tampoco cabían muchas sospechas: de cualquier asunto que huelga a incienso y *agua bendita huye como gato escaldado*; en eso sale a su padre talmente. La Liboria le parece muy sosita, cenicienta y enfermiza, sin ganas de diversión, y «¿qué es la vida si no la sabes bailar?»¹⁰. Le encontraste un poco más gordo y con entradas en su pelo de crin, pero a sus veintiocho años sigue tan chico como cuando te fuiste a la capital la última vez.

Cuando ya tarde le llega la hora de casarse con la chica que se ha quedado en el pueblo, el Moisés echará mano de los refranes para justificarse ante Sara, aunque acomodándolos a la situación (pág. 201):

- ¡*No hay mozo que cien años dure!*¹¹ Tarde o temprano, acabamos picando. ¿Y tú?

Y tú: nada de nada. Alfonso es un recuerdo; y de lo demás, sabor a estopa. ¿Se afeitara aún con navaja barbera? Sus uñas, de luto; ha engordado, ya no podrías comprarle en la calle Atocha aquella camisa rebajada del número 40; todavía sabe mirar envolviéndote. Te gustaría creer que tú no naciste sino para quererle; pero sabes que, lejos, le olvidas y que, aun antes de casarse, poco podías esperar.

La vida, Sara, que da tantas vueltas. Me decía ella... ¡queseó la de ocurrencias!, que si mis manos eran como zurriagas, que si mi voz de trueno y mi risa no se cómo, ¡ya ves qué inventos! Mejor así que no cada uno por su lado; cerca y solos, era una tontada.

La obsesión por vivir la vida, por escapar o dilatar la muerte, aunque no la nombre en gesto quizá supersticioso es constante en la vida del Herrero (pág. 234):

El Herrero ya está más que entonado, charrador, chiribiteándole los ojos, extasiado al colgarse de la bota prieta que mana vino rato y rato; dando luego por hecho que en lo de encender la fragua de nuevo no hay nada que hablar en tres semanas, hasta que los cardelinos no abandonen el nido de la chimenea.

—Mira, Jotero: ni a ti ni a mí se nos van a tumbar los trigos ni se nos van a espigar las lechugas por aguardar lo que es menester. *Tó puede esperar en esta vida, menos una cosa*¹², y no es esa. Así que ¡buen lamparillazo y a disfrutarla, que son cuatro días!

10 Se hace necesario recordar la popular frase proverbial *La vida es un tango/milonga pero hay que saberlo bailar*.

11 *No hay mal que cien años dure*.

12 El Moisés no menciona expresamente la muerte y además modifica ligeramente el refrán.

Como no podía ser menos el Herrero no muestra tampoco ninguna prisa en liberar al Caguetas del apuro en que se metió la noche de bodas (pág. 146):

[...] esperando que el Moisés se deje de proponer sandeces, como serrar el barrote por lo más fino (cerca de su nuez) o pasarle una tomiza por el cuello y tirar de la cuerda entre cuatro a ver si así le sacaban la cabeza:

—*Por donde se entra, se sale; pierde cuidao. Pero si nos contaras otra vez cómo has podido meterla, podríamos ayudarte mejor: eso es sabido (y recalaba socarrón lo de «meterla»).*

Al principio de la novela hay niños jugando en Monchel, luego van desapareciendo como en realidad ha ocurrido en la mayoría de los pueblos. Estos niños juegan en las calles y plazas, en las eras y repiten retahílas y cantinelas... Estos niños «dicen» también refranes, picardías que han oído a los mayores como en las escenas costumbristas que siguen (pág. 47):

Tus amigas siguen saltando a doubles «*¡qué hace ahí mozo viejo, que no te caaaaasas, que te estás arrugando com las paaaasas!*», mientras los zagalejos las atisban desde la cuneta para comprobar si es verdad que *lo que se van a comer los gusanso mejor que lo disfruten los cristianos*. Al Adolfo, el pequeño de la Pitona, le solfean «*¡la sacrisía abierta y el sacristán a la puerta!*» pero él sigue tan pánfilo con la bragueta desabrochada. [...] El Moisés y el Capador se aclaran la voz, se conjuntan, cada cual con un brazo por el hombro del otro, y tras un «*¡oído al parche!*» berrean a dúo que *son, son y son unos fanfarrones*.

Juliana es la amiga y confidente de Sara, discreta, humilde, se terminará casando con el Moisés, ya lo hemos visto, pero hay un par de escenas en que se nos muestra la personalidad de esta muchacha. La primera es cuando Sara y Juliana hacen el conjuro del vilano (pág. 50):

A Juliana es como si le dijeras truco: te escucha en silencio y, en cuanto puede se sale de la fila para coger un *vilano-vilano ponte en mi mano, te doy de comer, te vas a la feria de san Miguel*. Antes de que sople, para que vuele el borlón blanco, le pides a Juliana que esta vez te deje a ti pensar el deseo de la buena suerte que los vilanos siempre traen.

Y la segunda en la que las dos amigas están cortándose el pelo y al final flota en el aire una vieja creencia que muchas compartimos sobre los beneficios del agua de lluvia para el pelo, no estamos ante una paremia pero ¿cuántas veces no habremos oído esas palabras casi exactas? (pág. 73):

La Juliana te va igualando el flequillo. Se aleja para ver su obra, te pide que no te muevas, te corta por la derecha, te lo peina, te remira, está algo caído por la izquierda, te recorta las puntas del centro, sientes la frente ligera y fresca, pides un espejo, te dice que tuerces demasiado la cabeza y no hay manera, coge la regla de su padre y mete la tijera por debajo para igualar, mejor sin guía, soplas hacia arriba y nada se mueve: el flequillo ha desaparecido por completo. A la Juliana le da la risa floja y tú te contagias. Se mea cuando te recomienda, como a los peloncetes:

¡Si te moja la lluvia de este tiempo, el pelo no parará de crecer!

Sara no dice demasiados refranes en la novela, a veces el narrador los utiliza por ella, sobre todo en los primeros episodios, los que están más cerca del pueblo; luego, conscientemente, va dejándolos olvidados. Como ya hemos visto, Sara echará mano de ellos sobre todo cuando quiere meterse en la piel del otro, en la piel de la gente del pueblo.

Así le animará al Caguetas cuando lo encuentre entusiasmado con su noviazgo (pág. 90):

El Caguetas sigue, como una plasta, charrándote de la de Rueda: «habla con unas palabras que se ve que es de estudios, sabe si el pañuelo anudado así o asao dice una cosa o dice otra, es muy completa la muchacha, se da cuenta nada más entrar en una iglesia o en una alcoba si hay una imagen torcida, y sabe mucho de todo». Además la Cleovigilda, que así se llama, tiene apellidos bien raros y bonitos, lo nunca oído en Monchel, donde todos son Escolanos, Mondragones, Torrubianos, Agudos y Urracas. En esto se ve también que Rueda, cuna de obispos, bachilleres, regidores y guardiaciviles, es villa de nombradía y muy principal. «A mí, como la Cleo se me ponga entre ceja y ceja, a por ella

voy; que yo donde mesantoja, allí que meto la cabeza», dice farruco el Caguetas y tú le azuzas burlona con un «¡ánimo y a las gachas, que el que la sigue la consigue!».

Las paremias, los refranes, son para Sara Aguado como el cri-cri¹³ de los grillos de su pueblo, un lenguaje tremendamente familiar, como el que se utiliza con un padre al que se quiere convencer (pág. 87):

Llevabas ocho meses otra vez en la capital y ya soñabas con el cri-cri de cualquier grillo cebollero. Llevabas ocho meses tanteando para atisbar una rendija en tus días romos pero el túnel te parecía eterno, interminable y silencioso. Nada podías decir a nadie y menos quejarte a tu padre, tan terne y cabezota; que buen trabajo te costó convencerle de que tus toses *eran agua pasada* y de que ansiabas volver a casa de la tía Leoncia.

Los personajes urbanos

Para terminar de completar la galería de personajes de *La gaznápira* relacionándolos con su forma de hablar, deberemos hacer mención aunque sea someramente a los personajes citadinos, desde la tía Leoncia a la que el tío Jotero recuerda con una frase chusca (pág. 153): «Y luego, como decía la Leoncia, la tía de ésta, quién sabe si no les cuadraría lo de que, en la capital, *el que se acuesta sin cenar es porque quiere: con no acostarse, ¡aviao!*» o la manida frase (pág. 188): «*Detrás de todo hombre importante siempre hay una mujer*» con la que se despacha la madre de Alfonso, el novio abogado con el que Sara estuvo a punto de casarse.

La Cleo, la mujer del Caguetas, tan fina y tan de ciudad ella, también tiene una forma de hablar peculiar, o el propio Caguetas a medida que se va haciendo urbano, va cambiando su registro, o las novísimas generaciones de descendientes de monchelinos... Quizás en otro tipo de trabajo habría que dedicarle su espacio al habla progre de Gabry, la amiga urbanita de Sara, la del perpetuo proyecto de tesis, la que continuamente «decía tacos para hilar frases que nada decían», la que «tumbaba la aguja» de su dos caballos por las Siete Revueltas llevando en el asiento de al lado a una Abuela entusiasmada por el «cosquilleo»... todos ellos ocuparían un lugar importante en otros trabajos que no hablaran de refranes, porque si nos hemos de atener a lo que leemos en *La gaznápira*, las clases urbanas no dicen refranes, solo las viejas generaciones pueblerinas son los que los utilizan. La propia Sara, la protagonista, pese a que en la novela la vemos echar mano de alguno, se olvida de ellos en cuanto toca el suelo de la ciudad.

El juego con el que termina la obra, ese poner patas arriba un conocido y clásico refrán cuando pasa por el tamiz de un periodista que ejerce en Nueva York no puede ser casual; lógicamente responde a la intención del autor de mostrarnos el habla del pueblo y hasta la forma de ser de los personajes a través de los refranes.

Bibliografía

BERLANGA, Andrés: *La gaznápira*, Madrid: Espasa Calpe, 1984. Col. Austral Literatura Contemporáneos, 256 pp. También en versión elec. en CREA <<http://corpus.rae.es/creanet.html>>, [consultada: 18/05/2005].

La gaznápira. Novela narrativa de Andrés Berlanga. Palabras usadas en la tierra molinesa, donde se desarrolla la novela, [en línea], <<http://www.molina-aragon.com/curiosidades/Julian/gaznapira.htm>>, [consultada: 18/05/2005].

MARTÍNEZ KLEISER, Luis: *Refranero general ideológico español*, Madrid: Editorial Hernando,

13 Es un recuerdo personal, pero siempre recordaré una conferencia que le oí hace muchísimos años al naturalista Félix Rodríguez de la Fuente. Recordaba sus años de niñez en Poza de la Sal (Burgos) y cómo al llevarle a Vitoria para estudiar le entró una gran nostalgia, una gran nostalgia que se avivaba al oír los grillos porque según sus palabras «los grillos de Burgos cantaban mejor que los de Vitoria».

1953. (Facs. 1989), 784 pp.

MOLINER, María: *Diccionario de uso del español*, 2 vols., 2.ª ed. Madrid: Gredos, 1998.

VELARDE FUERTES, J: «La novela de la crisis de la agricultura tradicional», *Economistas*, agosto de 1984, págs. 52-54.

Anexo I Refranes y frases sentenciosas de *La gaznápira*

Entre paréntesis el número de la página en la que aparecen según la edición mencionada en la bibliografía. Tratamos de ofrecer los refranes en su forma canónica pese a que en el texto se ofrezcan alterados.

- A la muerte le basta una renglíz estrecha para entrar a borbotones (70)
- A pan de quince días, hambre de tres semanas (201)
- A sayas blancas, ribete negro (195)
- Al buen fogonero le sobran fuelles (82)
- Algo es algo (90)
- «Algo es algo»; y comía hielo (92)
- ¡Ánimo y a las gachas, que el que la sigue la consigue! (90)
- Antes de obrar hay que regar (214)
- Aquí el más tonto hace chifletes (64)
- Así es la vida: hoy por unos, mañana por otros (57).
- Aunque la mona se vista de seda, mona es y mona se queda (141)
- Buena gente los de Molina; amigos de mucha olla y poca doctrina (45)
- Burro trasquilao, a la semana igualao (59)
- Cada oveja con su pareja (99)
- Comer sopa de ajos y salir regoldando a pavo (118)
- Como a los músicos de Lumpiaque, que les amaneció templando (229)
- Comprar bien es heredar (229)
- Con dinero, chifletes (248)
- Conviene vestir al santo cuando la ocasión lo requiere (63)
- Cosa hecha no corre prisa (46)
- Cualquier monigote tiene cuatro dedos de cogote (59)
- Cuando está de parte está de parte (39)
- Cuando la liebre se ha ido, ¿a qué vienen los palos a la cama? (26)
- De casta le viene al galgo... (203)
- De cólico de espinacas no ha muerto ningún Papa (26)
- Donde fueres haz lo que vieres (40)
- Dormir con los ojos abiertos como las liebres (40)
- El agua es la perdición: enrobina el hierro, pudre la madera y malea los cuerpos (195)

- El gato escaldado del agua fría huye (94)
- El matrimonio todo lo santifica (81)
- El miedo es libre y cada cual coge lo que le peta (230)
- El que no sabe es como el que no ve (201)
- El que no sabe es como el que no ve: lo mismo da el golpe en el clavo que en la herradura (141)
- El tiempo todo lo averigua (84)
- Entre tentón y tentón va madurando el higo (128)
- Eso y nada todo es nada (46)
- ¡Fuego!, que es de paja (230)
- La boca y la lumbre, lo que le dan consume (151)
- La buena esencia requiere frasco pequeño (96)
- La muerte viene sin llamarla (48)
- La ociosidad es la madre de todos los vicios (49)
- La que no se ha disfrutado nunca es fea (141)
- La sacristía abierta y el sacristán a la puerta (47)
- La usanza saca maestros (40)
- La vida da muchas vueltas (201)
- La vida para el que la sabe bailar (94)
- Las mismas palabras no dicen siempre lo mismo (186)
- Lo que está de Dios, en la mano viene (53)
- Lo que se han de comer los gusanos, que lo disfruten los cristianos (47).
- Los hijos criados, los duelos doblados; y si están casados, multiplicados (125)
- No hay mal que cien años dure (201)
- Nunca lo más principal se ha comprado con dinero (229)
- Oye rebuznar a un burro y contesta (46)
- [Hay que] ponerse la capa del lado que sopla el aire (230)
- Por donde se entra se sale (146)
- Quien dice la verdad ni miente ni peca (211)
- Quien evita la ocasión evita el peligro (130)
- Quien pesa y mide es el que vive (100)
- Reunión de pastores, oveja muerta (211)
- Ser agua pasada (87)
- Ser como el perro del tío Tarabilla, que se ponía a cagar cuando saltaba la liebre (110)
- Siempre que ha llovido ha escampado (70)
- Si la vida fuera tiña... (190)
- Toda ayuda es poco (118)

- Todas rezan a san Ramón pero poco se acuerdan de él cuando están en la función (191)
- Todo es bueno para el convento, dijo el fraile y llevaba una puta al hombro (214)
- Todo puede esperar en esta vida menos una cosa (234)
- Todo tiene remedio en esta vida menos la muerte (81)
- Trasnchar y madrugar no caben en el mismo costal (83, 165)
- Un buen sermón ablanda los corazones (63)
- Un mozo sin perras es medio mozo (74)